

MEAGAN BRANDY

Say
YOU
Swear

ÉXITO DE
TIKTOK

JÚRAMELO

«Dicen que el primer amor dura para siempre.
Ojalá se equivoquen.»

Besties

Books

MEAGAN BRANDY

Say
YOU
Swear

JÚRAMELO

Traducción de Pilar de la Peña Minguell

Besties
Books

Título original: *Say You Swear*

© Meagan Brandy, 2022

The moral rights of the author have been asserted

© por la traducción, Pilar de la Peña Minguell, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Martínez Roca, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

© de las imágenes del interior, Shutterstock

Primera edición: junio de 2025

ISBN: 978-84-270-5416-5

Depósito legal: B. 8.941-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Arianna

El trayecto a Oceanside suele ser tranquilo, pero anoche mi hermano, Mason, y sus dos mejores amigos, Chase y Brady, decidieron que «una birra más» era otro pack de doce. Y allí se quedaron, despidiéndose borrachos de nuestros compañeros de clase en la ultimísima fiesta estival que íbamos a celebrar en nuestra localidad natal.

A mi amiga Cameron y a mí ni se nos ocurrió ponernos ciegas la víspera de un viaje, y nos fuimos a casa pronto, a terminar de preparar las bolsas para la última escapada a la playa antes de empezar nuestra vida universitaria.

El viaje no debería haber durado más de tres horas y media, pero ya llevábamos cinco en el puñetero SUV. Hace años que aprendimos que no mola hacer un viaje largo con niños grandes resacosos y de morros, y aquí estamos otra vez, participando con resignación, aunque algo fastidiadas, en el cálculo estadístico de «cuántas veces tiene que parar un tío para mear».

La respuesta es siete. Hemos parado siete veces ya, gracias a la vejiga liliputiense de Brady.

Por lo menos parece que se les ha pasado un poco la

resaca en los últimos quince minutos, y por fin nos dejan subir la música lo suficiente como para que se oiga.

La verdad, no sé de qué me quejo.

Los viajes en grupo son prácticamente el único momento que tengo para hacerme la inocente cuando me arrimo más de la cuenta al protagonista de mis fantasías, más conocido como «el mejor amigo de mi hermano». Tontea pero sin pasarte es el juego con el que me veo obligada a conformarme, y se me da de miedo.

Y es que el día que Chase y su familia se mudaron a la casa de enfrente de la mía ¡yo lo vi primero! Fue como si un sello invisible bajara del cielo y le plantara en la frente una etiqueta descomunal de «mío».

Yo aún estaba en secundaria, sí, pero había visto *Obsesión*, sabía bien lo peligroso que es cegarse y, aun así, me cegué en cuanto le puse los ojos encima. También es cierto que el mío no era un asesino y que ver la peli me hizo albergar ilusiones corporales irrealizables, pero eso no viene a cuento.

Chase Harper había llegado al barrio y yo estaba decidida a ser quien se lo enseñara, así que frené bruscamente la bici al borde de su césped para llamar su atención.

En cuanto me dedicó su primera sonrisa ortodóncica desde el otro lado del jardín, apareció de la nada mi mellizo, algo que, por desgracia, se le da de maravilla. Mason se abalanzó sobre él, lo tiró al suelo y, cuando se levantó, le soltó una frase con la que ojalá se hubiera atragantado.

—¡Ni te acerques a mi hermanita! —gruñó.

Horrorizada, vi a Chase ponerse en pie de un brinco, como una especie de mono araña. Contuve la respiración y me preparé para la pelea que sospechaba que vendría (sí, a mi hermano se le conocía por tumbar a cualquier crío que se me arrimara), pero Chase se echó a reír y los demás nos quedamos mudos.

Se volvió sonriente hacia mi hermano, con la boca llena

de césped, y le preguntó a Mase en qué equipo de fútbol americano jugaba, porque él quería entrar en uno.

Resoplé y me fui pedaleando, porque sabía que, solo con aquella pregunta, Mason y Brady habían hecho un nuevo amigo, y a mí, una vez más, me habían marcado con un símbolo invisible de prohibido.

En cosa de cinco minutos, el dúo de mi hermano se convirtió en trío, y nuestra casa en el sitio elegido para pasar el rato. Hasta entonces yo nunca había entendido eso de la fruta prohibida, lo de que no poder tener algo hace que lo desees más.

«¡Menuda sarta de gilipolleces!», habría dicho si me hubieran preguntado.

Solo que nadie me preguntó, así que me puse cómoda y no me quedó otra que ver cómo los cachitas de secundaria se transformaban en los tíos buenos del instituto.

Todas las chicas querían catarlos, claro, ¿quién se lo iba a reprochar?

Eran estudiantes modélicos, atletas destacados y gamberros camuflados. Daba igual de qué clase de chica se tratara, uno de los tres le encajaba seguro.

Yo solía decir en broma que eran como distintas versiones de Dwayne Johnson, que siempre está supermazas haga el papel que haga. Brady sería, sin duda, el Dwayne de *pressing catch*.

No, en serio, los tres están dotados de buenos genes. Mason, mi mellizo sobreprotector, es alto y esbelto, y podría hacer de doble de un Theo James algo más joven; Brady es como un muñeco Ken, pero en cachas; y Chase es, bueno, el paradigma de la perfección.

Por desgracia para mí, no soy la única que lo piensa.

Chase es igual de alto y fuerte que Mase, pero su pelo castaño es unos cuantos tonos más claro. Sus ojos, vivos y alegres, son una mezcla de verde hierba y verde alga. Es amable, fuerte y seguro de sí mismo. Casi tan mandón

como Mason y Brady, pero, de los tres, es el único que se muestra un poco más comprensivo con nosotras de vez en cuando.

Yo me digo a mí misma que es su forma de distinguirse del rol de hermano mayor sobreprotector, y que en realidad Chase es un hombre con ojos en la cara y deseos ocultos, aunque, claro, todo el mundo sabe que soy una optimista.

Nueve de cada diez veces me lo imagino a mi lado.

Es el cliché más viejo de la literatura: querer a quien no puedes tener. Un amor no correspondido por el mejor amigo de tu hermano, un hermano protector hasta lo enfermizo y, sí, algo psicótico cuando se trata de las personas que le importan. Es que no lo puede remediar. En cuanto tuvimos edad para enterarnos de qué forma perdió nuestro padre a su hermana pequeña, Mason se propuso ser mi sombra en todo momento. Si a eso le sumamos la muerte del novio de nuestra amiga Payton hace un par de semanas, el pobre es un amasijo de paranoias.

Que Chase se haya pasado casi todo el viaje de hoy traspuesto seguramente me ha servido para librarme de un buen puñado de miradas asesinas por el retrovisor. Me apuesto lo que sea a que por eso Mase se empeña en que me siente en el centro siempre que viajamos todos juntos: para poder tenerme vigilada en todo momento.

¡Qué tierno que mi mellizo se tome tan en serio su papel de hermano mayor!

¡Y qué peñazo!

De no habernos retrasado esta mañana, habríamos llegado al pueblo hacia las once, pero aquí estamos, entrando en la finca de la casa de la playa a la una menos cuarto.

A Mason apenas le ha dado tiempo a aparcar el Tahoe cuando Cameron abre de golpe la puerta y baja del coche de un salto. Empieza a subir corriendo los escalones de entrada y, de pronto, se vuelve, descalza, y sonriente y levantando los brazos nos grita:

—¡Vamos, tíos! ¡Que el tiempo vuelva!

—¡Nos queda todo el mes! —le grita Mason por la ventanilla abierta.

—¡Y ya hemos perdido medio día! —replica ella.

Sonríó y le doy una palmadita en el hombro a mi hermano.

—Venga, Mase, que ya hemos perdido medio día —bromeo, y él refunfuña mientras bajo y sigo a Cameron por la terraza que rodea la casa.

Cam esboza una enorme sonrisa mientras se sube de un salto a la barandilla, así que me sumo a ella, y Brady no tarda en hacer lo mismo.

—¡Esto es una pasada! —dice Cam, y niega con la cabeza mientras explora la zona.

—¡Ya te digo, joder! —confirma Brady mirando al mar con una enorme sonrisa.

Oímos a nuestra espalda unos pasos recios que nos alertan de que los otros dos se acercan, y nos volvemos a la vez. Nos quedamos los cinco allí plantados un segundo, respirando en silencio la brisa fresca al tiempo que miramos por el ventanal de la casa de la playa.

De «nuestra casa», desde hace como un mes.

Mi madre, la de Cameron y la de Brady son mejores amigas desde la universidad y, antes de casarse siquiera con nuestros respectivos padres, compraron juntas una casa en la playa. Con los años llegaron las bodas y, luego, nosotros. La conservaron para volver siempre que quisieran. Más tarde, cuando éramos pequeños, reventó el mercado inmobiliario y nuestros padres tuvieron la suerte de poder pillarse otra casa en la playa. Desde entonces pasábamos las vacaciones allí, todos juntos. Aunque nunca entendí por qué, no llegaron a vender la primera casa, y en esa es en la que estamos a punto de entrar, claro que no se parece en nada a la que conocimos de críos. La destriparon, arrancaron algunas partes y no solo la han reconstrui-

do, sino que además le han añadido cosas. Está completamente reformada.

La casa, de color azul costero, es enorme. Tiene un inmenso patio envolvente que conecta con una terraza gigantesca, en la que estamos ahora, y al otro lado un acceso privado que lleva a un muelle precioso rodeado de amapolas californianas. Hay hasta un equipo de sonido completo, con altavoces montados cada medio metro en todos los rincones, en el patio y en el revestimiento de madera. No hay un solo sitio en toda la casa o alrededor de esta al que no llegue la música. Como está en un extremo de la hilera de viviendas, se encuentra algo apartada, con lo que el sonido no molesta a los que quieren tener unas vacaciones más tranquilas.

Es el refugio perfecto, un palacio al borde del mar.

Y nos lo han regalado sin más.

A los cinco.

Nuestros padres nos sorprendieron en la fiesta de graduación, haciéndonos entrega de las escrituras, en las que figuramos todos como copropietarios. Nos dijeron que hacía años que lo habían decidido, para evitar que el grupo se disolviera, independientemente de adónde nos lleve la vida después de la uni, como les pasó a ellos con esa casa.

Como todos somos propietarios, ninguno puede vender sin el consentimiento de los otros, y si la vida termina distanciándonos, siempre tendremos un sitio al que volver.

Decir que nos entusiasmó la idea sería un eufemismo, pero a mí, además, me produjo algo de miedo. La conversación me deprimió un poco, la verdad. No soy tan ingenua como para pensar que nuestra vida vaya a seguir igual, que siempre estaremos los cinco juntos, pero la alternativa resulta aterradora.

Entrarán personas nuevas en nuestra vida, eso lo sé, algunas para mejor y otras para peor, pero ¿y si a alguno de

nosotros se le pone el mundo patas arriba? ¿Y si zozobramos y nos ahogamos? Si nos perdemos unos a otros por el camino, ¿quién estará ahí para sacarnos del agua? Igual suena un poco dramático, pero se trata de una posibilidad real. Una posibilidad de mierda.

Dentro de menos de un mes, empieza el futuro.

Mi hermano y los chicos irán a la Universidad de Aviv para comenzar de forma oficial su carrera universitaria como jugadores de fútbol americano, y Cam y yo volveremos a casa para hacer las bolsas y reencontrarnos con ellos en el campus unos días antes de las charlas de orientación.

Que nos vamos de casa ya es un hecho. Será la primera vez que no tenga a mi hermano en el cuarto de al lado y, aunque eso me da un poco de miedo, lo bueno es que la casa de los futbolistas y la residencia en la que nos vamos a alojar Cam y yo están en lados opuestos del campus, con lo que Mason no nos «controlará» todo el rato. Solo por eso ya merece la pena celebrar el traslado.

Quiero a mi hermano, pero a veces podría cortarse un poco. Tiene suerte de que yo no haya elegido una universidad en la otra punta del país. Claro que sabe perfectamente que eso no lo iba a hacer: no sé vivir lejos de mi familia. A lo mejor a alguien le parezco codependiente, pero para mí son cosas de mellizos.

—Os sigue pareciendo bien el reparto de habitaciones que hicimos hace un par de semanas, ¿no? —dice Mason rompiendo el silencio—. ¿Las chicas arriba con el baño compartido, la habitación extra se queda tal cual y nosotros abajo?

—Mamá decoró nuestros cuartos y llenó la nevera cuando vino a ver a Payton la semana pasada, así que...

—¡No hay vuelta atrás! —me interrumpe Cam con una sonrisa.

Los chicos ríen y luego Mason inspira hondo y se saca la llave del bolsillo.

—No hay vuelta atrás. —Sonríe—. ¿Listos para repetir, pero sin padres ni normas?

—Todos mayores de dieciocho esta vez —tercia Brady dándonos un empujón de broma a Mason y a mí, porque Mason, él y yo cumplimos la mayoría de edad hace tres días.

Miro a Chase, que justo me mira en ese momento. Sonríe, y yo le devuelvo la sonrisa.

—¡Uf, qué peligro! —bromea mi mejor amiga—. ¡La cosa se va a caldear por aquí!

Ojalá hubiera sabido entonces lo acertada que iba a ser la predicción de Cameron, pero no tenía ni la menor idea.